



EL COMISARIO

BOLETIN DIARIO DEL COMISARIADO DE GUERRA



Año I

Madrid, 21 de noviembre de 1936

Núm. 16

El pueblo, invencible

Lejos de preocuparnos la decisión de los Gobiernos filofascistas de reconocer a la Junta rebelde de Burgos, debemos alegrarnos de que hayan puesto fin a una comedia que, si bien era burda y fácilmente desenmascarable, servía para que oficialmente fueran aquéllos considerados como "neutrales" respecto a la guerra civil española.

En lo sucesivo nadie podrá alegar ignorancia y las protestas de neutralidad de los representantes portugueses, alemanes e italianos carecerán de toda eficacia, por mucha que sea la benevolencia de los diplomáticos que se reúnen en Londres.

Lo más perjudicial en estos casos es la ambigüedad, el disimulo, que permite al que los practica jugar, como vulgarmente se dice, con dos barajas. Cuando un país—mejor dicho, cuando los que se autoproclaman representantes de él—se sitúa en posición ambigua, no existe posibilidad de adoptar resoluciones enérgicas sin peligro de que se consideren como actos de hostilidad.

En cambio, cuando los Gobiernos toman partido por uno de los bandos combatientes, el otro queda en libertad absoluta de acción para obrar en consecuencia, sin el temor de incurrir en el hipócrita enojo de los pretendidos "neutrales".

Sobradamente conocíamos desde el principio de la inicua sublevación de parte de quién estaban Portugal, Italia y Alemania. Las transgresiones del Derecho internacional cometidas en nuestro perjuicio por los dominadores de esos países eran tan claras y evidentes, que levantaron clamores de indignación en todos los pueblos libres del planeta. No ha sido nunca un secreto la ayuda material y moral prestada a nuestros enemigos por el fascismo de allende las fronteras.

Lo que nos perjudicaba era el envío de material bélico y de hombres; no era preciso que se declara-



BARLANANO

ran enemigos. Bastaba con que lo fueran. El hecho de que hagan tal declaración no añade nada a ese perjuicio. Por el contrario, desvanece las dudas que impedían a los demás países enjuiciar la realidad rectamente. Hemos, pues, de alegrarnos de que los intérpretes de la comedia hayan arrojado la máscara.

Por lo demás, hagan lo que hicieren, el pueblo español posee un derecho que nada ni nadie pueden anular: el de defender su libertad y el de establecer su soberanía. Y además del derecho, de la razón, es dueño de una voluntad férrea y de una fuerza para garantizar su cumplimiento. Eso es lo que importa.

CONSEJOS DEL QUINTO REGIMIENTO

Milicianos: El enemigo es cobarde y apela a los actos más innobles para combatirnos.

El procedimiento es enviar moros y legionarios que, fingiéndose dispuestos a entregarse — "No disparar; nos vamos con vosotros" —, cuando se hallan próximos a nuestras líneas, aprovechándose de la nobleza de los nuestros, disparan.

Contra esa táctica tan repulsiva y cobarde es preciso reaccionar, no dejándose ser víctima de ella. Cuando los soldados, moros o legionarios del enemigo, se presenten ante nuestras filas, el miliciano debe tomar toda clase de precauciones para evitar ser víctima de una sorpresa, no decidiendo más que con arreglo a las órdenes de los jefes. Hemos dado buenas pruebas de nuestros nobles sentimientos, pero es preciso estar prevenidos para evitar esa clase de ataques, propios de la vileza del enemigo.

¡Alerta contra los procedimientos del fascismo!

Nuestra superioridad en combatientes le lleva a realizar las maniobras más repugnantes. — Quinto Regimiento.

EL PASADO NO PUEDE VOLVER

Ayuntamiento de Madrid

LO QUE CUENTA LA HISTORIA

No es el afán de triunfar lo que nos hace afirmar que un pueblo en armas, un pueblo que conoce sus destinos y pone toda su voluntad en cumplirlos, es invencible. Contra la semilla revolucionaria, echada en surcos de indiscutible fertilidad, nada pueden los ataques de los eternos adversarios de la justicia y de la libertad.

La Historia nos enseña dos casos altamente ejemplares: Francia y Rusia. Francia, en pleno albor de su revolución política, hubo de combatir denodadamente contra enemigos de fuera y de dentro. La consumía una sangrienta guerra civil y en sus fronteras varias naciones aliñaban ejércitos, con los que pretendían aniquilar aquella hoguera liberadora. En vano fueron todas las tentativas de los ejércitos extranjeros; inútiles los esfuerzos de los contrarrevolucionarios que derramaban sangre francesa en los campos de su misma

patria. Francia, la Francia de la Revolución gloriosa, triunfó, estableciendo un nuevo modo de considerar políticamente al hombre.

Rusia, al llevar a cabo la revolución que entrañaba el comienzo de una nueva justicia social, tuvo contra ella a muchas potencias extranjeras y a poderosos ejércitos de rusos blancos, defensores de los ominosos privilegios y de la explotación del humilde por el poderoso. Se vio bloqueada ignominiosamente, amenazada militarmente por todos los sitios. Y Rusia, la Rusia del nuevo orden social, triunfó.

Las guerras entre países, frecuentemente originadas por rivalidad de imperalismo, pueden decidirse en uno u otro sentido, según las circunstancias lo impongan. En ellas los soldados no defienden intereses propios ni de la colectividad. Van forzados a una lucha de cuyo fin ningún bien se deriva para la masa. Al combatiente se le

exige un heroísmo que sólo podría dar, espontáneamente, por una causa que fuera verdaderamente "su-

ya". Si se gana la guerra, como si se pierde, su vida seguirá siendo mezquina, triste, misera... Si son de-

rotados y el enemigo domina el territorio, no harán sino cambiar de amo. En las guerras revolu-

cionarias, por el contrario, el combatiente lleva como norte la necesidad de una victoria que le asegure el imperio de su ideal redentor. No hace falta que se le obligue a luchar; pelea por propio impulso, sin más estímulo (que ya es sobrado) que la conciencia de su deber como ciudadano y como hombre. El revolucionario se juega en la lucha, no ajenos e injustos privilegios, sino su derecho a vivir, a disfrutar de los beneficios de la cultura. Por eso las guerras que un pueblo mantiene para asegurar los frutos de la revolución terminan siempre con el triunfo de la masa revolucionaria, que representa la superioridad del futuro luminoso sobre el pasado abyecto, sombrío y caduco.

LA FUERZA DE LA SERENIDAD



BARDAÑO

El hombre sereno es siempre consciente, dueño de su voluntad. No es en la guerra un simple instru-

mento. Al obedecer las órdenes que recibe, piensa. Su inteligencia le dicta normas para esa obediencia.

Es el perfecto soldado, inasequible al miedo, firme, estoico ante el peligro. Conservar la serenidad es asegurar la victoria.

MILICIANO:

Si quieres hacerte digno del interés que despertaron en todo el proletariado mundial las jornadas gloriosas de Julio, permanece firme en tu puesto, sin vacilación, sin desmayo. De ti depende, en no pequeña parte, el fracaso del fascismo en todo el universo.

El enemigo creyó, en julio, que lograría imponernos su yugo en veinticuatro horas, mediante un simple golpe de Estado. En lugar de eso se ha visto obligado a emprender una guerra que dura ya cuatro meses. Está agotando sus fuerzas cuando el pueblo tiene aún intactas la mayor parte de las suyas. ¡Animo, pues, y la victoria no se hará esperar! Cuanto mayor ardimiento pongas en la lucha, antes conseguiremos el triunfo definitivo y liberador.

CONSEJOS A LOS MILICIANOS

★ ATRINCHERAMIENTOS ★

II
Cuando se puede realizar la obra de construir trincheras sin premuras ni peligros inminentes, hay que dotarlas de refugios que, al par que nos sirvan para ponernos a cubierto del fuego enemigo, nos resguarden contra el frío y la lluvia. El más sencillo consiste en un nicho abierto en el muro delantero y cubierto por unos listones o rollos de madera, sobre los cuales se echa tierra apisonada. Si la naturaleza del terreno lo permite, se hará el refugio socavado por completo en el muro, a manera de hornacina,

siendo entonces innecesario el techo indicado. Antes de proceder en esta forma hay que cerciorarse de que no hay posibilidad de que la parte superior del muro se derrumbe. En caso de duda se colocarán pies derechos y traviesas que contengan el posible deslizamiento de tierras.

Si tememos el bombardeo de la artillería, haremos de dar al techo de los refugios una solidez mayor, en proporción con el calibre de los proyectiles que use el enemigo. Se colocarán bastidores de rollos de madera, situados a distancia no superior a un metro. Sobre los dinteles se colocarán otros rollos en filas y, encima de éstos, otra capa de maderos unidos entre sí por alambres. Es prudente, para ponerse a cubierto de la artillería gruesa, añadir dos capas más de rollos, intercalando

capas de tierra y reforzando proporcionalmente los bastidores.

Hay ocasiones en que se ha de vivir durante algún tiempo en las trincheras. Se debe, entonces, practicar en ellas galerías y cuevas, a la profundidad suficiente para evitar todo derrumbamiento. El acceso a la cueva se hará por una galería en rampa o con escalones. Las cuevas se practicarán siempre en el muro delantero, ya que de no hacerse así podrían penetrar en ellas proyectiles perdidos que originarían bajas.

Las galerías de acceso, a manera de bocas de mina, se estibarán cuidadosamente mediante pies derechos colocados a corta distancia unos de otros y con bastidores resistentes. Es absolutamente necesario que esos accesos sean sólidos y que vayan cubiertos

por una gruesa capa de tierra, destinada a amortiguar la violencia de las explosiones en la superficie.

Si la trinchera está hecha en terreno poco firme o echadizo, hay que revestir el talud en evitación de que se desmorone. De igual manera se procederá en tierras que, aunque sólidas, puedan resquebrajarse por efecto de la lluvia. Ahora bien: sólo se usarán en lugares de la trinchera destinados a emplazamientos fijos, salvo cuando el terreno sea muy blando (vertebrados, escombreras, etcétera). Se pueden hacer con fajas, tablas, tela metálica, sacos terreros o piedras. Esta última forma es, en general, poco recomendable, ya que si sobre la contención estallara una bala de cañón, los trozos de piedra aumentarían el estrago producido por la metralla.

Cuando los revestimientos se hagan de tablas, se colocarán sólidas estacas de retención y, si las condiciones del terreno lo aconsejaren, bastidores.

Finalmente, en época lluviosa, conviene suprimir los desniveles del fondo de la zanja para impedir la acumulación de agua en charcos. Si fuera fácil, se procurará que dicho fondo vaya en declive ininterrumpido hasta un desagüe natural. De no existir éste, se cavará un pozo, tapándolo perfectamente con maderos que, permitiendo el paso del agua, dejen pasar sin mojarse.

También puede revestirse de maderos el fondo de la zanja cavando previamente éste en forma cóncava, con objeto de que los milicianos no se vean precisados a tener los pies en el agua.

Vigoricemos la disciplina

Muchas veces hemos encaecido desde estas columnas la necesidad de que los combatientes populares se sujeten a una rígida disciplina, por ser la única manera de asegurar el triunfo sobre el fascismo. En estos momentos trascendentales volvemos sobre este tema, por considerar más importante que nunca el cumplimiento de esta consigna, que todos los partidos políticos y organizaciones sindicales han proclamado constantemente y en todos los tonos.

La mayor garantía de la defensa de la República reside en el mantenimiento de un buen Ejército, y esto, sin una disciplina, hubiera sido imposible. Una vez logrado, es absolutamente necesario que la disciplina se vigorece para que ese Ejército logre su mayor eficacia.

Así, pues, para lograr la victoria nuestros milicianos han de obedecer ciegamente las órdenes dictadas por los mandos militares correspondientes. Todos han de comprender la enorme trascendencia que entraña esa actitud; todos deben convencerse de que con esta obediencia los objetivos militares se consiguen siempre con menores dificultades; todos han de percatarse de que con la disciplina se garantiza la organización, y con ésta se hace más fuerte y consistente nuestro Ejército, logrando hacer más fructíferos sus esfuerzos.

Hoy más que nunca deben anularse las pequeñas diferencias; no pueden existir rencillas cuando hay una finalidad común: la de triunfar. Para su consecución hay que robustecer la disciplina, sin reparar en los sacrificios que ello implique. En ella sola podemos depositar nuestras esperanzas. Ella será la que nos dará la victoria.

